

CINCO POEMAS DE MARIO RIVERO

CAMINANTE DEL AGUA

Había edificado una casa en medio del océano,
una casa que te albergara.
Libre del polvo del suelo
en sus planos puse el diseño de un sueño.
Para tu contemplación, pinturas y fábulas
y las otras fantasmagorías: el triunfo ...
Una pequeña isla en el centro del agua.

Podías ser el muchacho que partió, sin más,
o el viajero de una ancha ruta coronado de pámpanos.
O el hijo pródigo que al fin regresara
abrumado por la rudeza de las grandes ciudades ...

Quién sino yo, que sólo vé un naufragio que se continúa,
observando el viento y las olas oscurecidas,
tiene aún voces para inquirir,
atado a tu regreso y a la esperanza,

De ver volver tu barco sobre el andar del mar,
sacudido por el ancho océano del vivir,
pequeño capitán en el puente. ¡Remontada apenas la infancia!

Pequeño todavía, y doblando
hacia un puerto que no sabe donde está.
Propenso a chocar contra rompientes que aprietan y atraen.
Solo en el elemento
pronto a hundirse, elevarse, o dormirse con las aguas ...

SISIFO

Este fardo invisible que transportamos,
es semejante al de Sísifo:
logramos llevar la roca arriba, un poco más cada día
cuando de pronto algo surge y nos retrocede.

De la mañana a la noche y por una necesidad de hierro
levantamos tú y yo y cada uno nuestra roca.
Desde abajo de la montaña, contemplando el borde del cielo muy lejos.
Con el miedo oculto en el corazón
o con el coraje tranquilo de los varones.

Pero habrá un día, un momento que no conocemos,
en que tú filisteo exitoso
que vas por la carretera limpia, nueva,
a quien encuentro cada mañana y veo subir
más cómodo, sonriendo,
y yo que asciendo tan trabajosamente
el terrible camino vertical,
devorado por la ansiedad,
entre la humillación y la sospecha,
no miraremos mas la linde lejana, sobre nuestras cabezas.

Cumplido el oficio
tu mano y mi mano dejarán la llave en el bolsillo
y la roca quieta.

EL PASEO

En la buena mañana, caminando a lo largo
del río,
del árbol perfectamente verde
cayó una hoja amarilla.

Para el resto del grupo, el otoño ya estaba allí.
Para él sin embargo, aquella hoja amarilla
era la Muerte en toda su gloria.

Vestida con el color amarillo del otoño
la muerte simplemente estaba allí,
activa y sensible. Y fue así que cuando advino,
hubo un momento de gran intensidad y belleza
y todo se tornó silencioso ...

Y aquél “algo”, llenaba todo el camino
y mucho más allá del camino,
y persistió durante el corto paseo.

La hoja había caído súbitamente,
se acostó inesperadamente sobre la tierra
y conseguía sugerir la guadaña del Padre-Tiempo.
Pero el paseo continuaba parloteando, tomando fotos,
y escasamente viendo cosa alguna.

Mas, para él, en ese momento, la muerte estaba ahí,
en mitad del camino, para atraernos,
como estaría siempre, ahí, en medio de la vida
en plena salud ...

LA NOCHE

La noche siempre quiere contarnos
una historia que nos perturba.
Abre en nosotros una mala posada
una posada para fantasmas.

Por la mañana tenemos que barrer las sombras ...
A golpes de luz dulce, y gracias a la luz dulce,
que transmite su amistad a la casa toda,
conseguimos desalojar a los visitantes
que se van quedando,
que han echado cimientos en la bruma.

A golpes de látigos de claridad, de la luz rosada,
buena, venida sobre la tierra, y poco a poco,
incluso hacemos salir al monstruo íntimo,
que es nuestro, que está en nosotros, el que domina,

Que de pronto se marcha,
con la campanada de la derrota,
y cede su ser a las cosas, a los ruidos,
a las voces,
los movimientos, los colores y los perfumes.

UN HOMBRE Y UNA MUJER

Y cómo se llaman estos dos, Juana y Juan,
o más simplemente aún, un hombre y una mujer?
La mujer lleva con sencilla gracia
un vestido de tela verde
divorciada de sedas y joyas y pieles,
y él parece tan fuerte
como un deportista o un atleta.

Están alegres, y talvez también ebrios,
porque ambos ríen, felices,
aislados en esa felicidad pequeña.

Como murmullos de un agua clara,
se les adivinan sonidos, desde detrás de los semblantes.
Se vé enseguida que son amantes.
La huella ligera de la carne,
todavía se mantiene sobre ella, disimulada,
como una luz que le cubriera
las porciones más tiernas de su cuerpo.

De atracción humana, inundados,
las manos se les juntan por encima de la mesa,
prisionero cada uno de los gestos del otro,
ríen y ríen, con un verdor difícil de olvidar.

Me encuentro mirándolos y pienso:
Dejadme nada mas estar cerca.
A la puerta de mis sienes sangre fría, afluye,
y envidio esos pequeños momentos de sol,
que alumbran a veces las vidas oscuras ...

Caballero, Luis (1943 -)
Pintor colombiano, dibujante y grabador.



Dibujo. Tinta sobre papel